

los que se conocen, Velázquez debió pintar otros. Viajeros que venían a América compraban telas de diferentes maestros sevillanos. La suposición de que alguna perteneciera a la mano de don Diego no es descabellada.

Es extraño, sin embargo, que durante tanto tiempo permaneciera oculta la que motiva esta glosa. Los cuadros del maestro andaluz son escasos, los hallazgos lo son más todavía. El catálogo de mayor autoridad, el de Enrique Lafuente Ferrari, señala cientoveintitrés telas auténticas y cinco dudosas, descartando otras que en diferentes museos se estiman como verdaderas. En los cien últimos años se han encontrado no más de seis cuadros, alguno muy dudoso, como el del Cardenal Borja, perteneciente a una colección particular de los Estados Unidos.

Incluso como supuesto, un cuadro de Velázquez tiene un alto valor económico. Los artistas que han producido poco — Velázquez, Leonardo, Vermeer, Georges de La Tour—unen a sus cualidades intrínsecas la de la escasez. Debemos esperar la publicación de documentos, de análisis razonados y científicos, de fotografías, para darnos cuenta de la trascendencia del hallazgo.

«PICASSO AVANT PICASSO».

La gloria del maestro del cubismo, Pablo Ruiz Picasso, ha hecho olvidar un poco sus primeros tiempos. París ha sido siempre un pavoroso abismo englutidor de todo. Quien ha triunfado lo ha hecho allí en forma definitiva; el fracaso alcanza igualmente los mismos caracteres de extremosidad. No hay términos medios en esa lucha incruenta y, a la vez, dramática.

Todo lo que se refiere a los primeros tiempos del pintor está en neblinas. Por contra el período francés es exaltado y conocido hasta la saciedad. Se ha exagerado, incluso, y se ha llegado a formar una leyenda mítica. De pocos hombres se ha escrito más que de este artista. No siempre se ha hecho con seriedad. En un libro reciente, versión retocada, enmendada y llena de despropósitos dictados por el prejuicio, se dicen del maestro andaluz toda clase de fantasías: «Picasso de familia italiana...» se escribe allí. Pues bien, es necesario deshacer este mito.

Picasso tiene muy poco de italiano desde el punto de vista racial. Su primer apellido es Ruiz. ¿Habrá algo más hispano que ese Ruiz? El padre, don José Ruiz Blasco, era profesor de dibujo en la Escuela Normal de Málaga, ciudad en la que nació Pablo. Sobre el segundo apellido, el que ha popularizado y difundido la obra, los tratadistas no están de acuerdo. Lo más seguro es su origen catalán. Más todavía, mallorquín. Parece que se trata de un superlativo del apellido Pic y cuyo diminutivo Picó es frecuente en el archipiélago mediterráneo. Aquí mismo en Santiago existen familias de origen balear que portan ese nombre.

Pues bien, en otro libro reciente, cuya traducción francesa con el título de *Picasso avant Picasso* acaba de ver la luz, se asiste a la evolución de aquellos tiempos olvidados por la crítica y evocados anteriormente por excepción en el fino volumen de Joan Merli. Se trata de un período maravilloso de imprescindible conocimiento si se aspira a captar lo esencial de la pintura picassiana. Imprescindible porque en estas telas catalanas está, en potencia, todo lo que habrá de venir con posterioridad.

Asiste el lector a la evocación de las tertulias y ta-

lles. Se recuerda el avatar admirable de la revista *Arte joven*. A los veinte años Picasso pintaba ya como un maestro. A su alrededor se creó un grupo de muchachos que como él aspiraban a perennizar una obra. Recorrer estas páginas es sentir el embrujo de una poderosa voluntad creadora.

WOLFFLIN.

He aquí un nombre cuya sola enunciación es como una epifanía para los amantes del arte. En nuestra época, en la cual tantas cosas han cambiado de signo o han evolucionado en forma insospechada, las teorías de Heinrich Wolfflin han dado a la plástica un nuevo rostro, tal vez el más trascendental desde que el hombre descubrió la magia de la representación de las cosas.

Nuestro comentario viene a cuento hoy por haber llegado hasta nosotros, con enorme retraso, la muerte del filósofo, acaecida en la ciudad de Zurich, a la edad de ochenta y dos años. Los acontecimientos de estos últimos tiempos han sido tan absorbentes que todo aquello que carecía de relación con los afanes bélicos se perdió entre brumas de olvido. Así sucedió con Wolfflin y con tantos otros nombres que en épocas anteriores fueron honra de la humanidad.

El autor de *El arte clásico* había nacido en Suiza. Hizo sus estudios en la universidad de Basilea y allí, bajo la dirección de Burckhardt se inició en los secretos de las teorías estéticas. Cuando Wolfflin no tenía aún treinta años sucedió a su maestro. Más tarde enseñó en las universidades alemanas. En ellas formó muchos discípulos y fué creando un núcleo de partidarios de sus ideas. Las doctrinas del maestro se di-